ECA 4 dic. 1986

CENTRO IGNACIO ELLACURÍA S. J.

CENTROAMERICA COMO PROBLEMA

Hay en Centroamérica, como en otras regiones, muchos problemas. Pero lo que está preocupando grandemente al mundo en sus más altas pepresentaciones es el problema de Centroamérica o, dicho de otro modo, Centroamérica como problema. Lo que ocurre en el área centraomericana no sólo incumbre y preocupa a quienes vivimos en ella sino que se ha convertido en urgente y permanente problema, como un conjunto y en su totalidad, para gran parte del mundo. Constatar el hecho y preguntarse por qué se da ese hecho puede servir para adentrarnos en el problema mismo.

Si tomamos, por ejemplo, la dedicación del grupo de Contadora con la añadidura del grupo de Apoyo, acrecentada hoy por el respaldo explícito de la OEA y de la ONU, tendremos un criterio para juzgar lo problemático de la región. Quizá nunca ni por tanto tiempo tantas naciones latinoamericanas se habían preocupado tan intensamente por un problema en apariencia regional y de limitada alcance, si se considera el número de población afectada. El caso actual de Nicaragua viene ocupando durante casi los seis años transcurridos de la administración Reagan uno de los puntos principales de su política exterior. Aunque el caso de El Salvador haya desaparecido de las primeras páginas de los periódicos, no ha desaparecido del presupuesto de ayuda exterior norteamericana, de la que sigue siendo beneficiario en lo ecoñómico y militar de una forma absolutamente privilegiada no sólo respecto de los demás países de América Latina -el más privilegiado- sino del mundo entero; la razón de este triste privilegio no puede ser otra que la correspondiente y proporcional importancia que da la administración Reagan de forma callada al problema de El Salvador. Las tensiones entre Nicaragua por un lado y Honduras, El Salvador y Costa Rica por otro que implican un conflicto regional con probabilidades no remotas de convertirse en guerra son ciertamente parte del problema, pero son asimismo prueba de que algo profundo y grave está conmoviendo la región. El difícil futuro que espera a todos y cada uno de los países y la convulsión en que se hallan envueltos, hace

S. J.

ver que este problematismo de Centroamérica está lejos de haber encontrado su solución. No sólo su solución práctica ciertamente difícil sino incluso su solución teórica e incluso no alcanzado un planteamiento del problema que sea suficientemente satisfactorio y compartido por todos.

No es que falten estudios sobre el problema centroamericano. Al contrario éstos se multiplican y se exponen en los más distintos foros. El Informe Kissinger pretendió ser un diagnóstico de los males de la región e incluso se atrevió a convertirse en un plan general de soluciones. Como es sabido, este Informe, hecho desde una perspectiva norteamericana determinada, ha tenido múltiples réplicas sea en estudios críticos sea en contraposiciones políticas. Constantemente se tienen reuniones y foros de los más diferentes estilos, algunos de los cuales reflejan el creciente interés de la Comunidad Económica Europea sobre el problema centroamericano, que no se quiere dejar en las solas manos de los Estados Unidos. El Acta de Contadora, todavía por armonizarse y firmarse, representa en su brevedad un profundo análisis de lo que ocurre en Centroamérica y de lo que podría ser parte de una solución integral. Pero se está lejos de llegar a un consenso sobre la naturaleza de la crisis y sobre su superación. De ahí que haya de seguirse avanzando en busca de un mejor tratamiento de Centroamérica como problema.

Como un aporte a ello es importante y hasta cierto punto previo preguntarse por los niveles del problematismo centroamericano, alumbrados por la hipótesis o la sospecha de que algo especial debe estar ocurriendo en nuestros pequeños países para que el mundo esté tan conturbado por lo que en ellos pasa.

Hay una multitud de datos empíricos y de hechos comprobables que fácilmente pueden señalarse como datos del problema, aunque no sean el problema mismo. Hay una situación socio-económica que en países como Guatemala, Honduras, El Salvador y Nicaragua mantiene a la mayor parte de la población en un tal grado de pobreza, que ni

S. J.

siquiera pueden satisfacer suficientemente las necesidades básicas de alimentación, salud, vivienda y educación. El grado de democratización de todos los países, con excepción de Costa Rica, deja mucho que desear pues todavía son muy recientes en algunos de ellos prácticas masivas y permanentes de terrorismo de estado, muy frágil consolidación del poder civil frente a las instancias militares y otros poderes fácticos, mínimo respeto del estado de derecho y en general de todo el orden legal y judicial. El enfrentamiento de distintos sectores sociales y políticos entre sí, tanto más agudizado y polarizado cuanto es más primitivo y responde a la necesidad de cambiar o sostener una situación injusta, que no permite vivir dignamente. La enorme importancia y peso del estamento militar qeu va pasando de ser una fuerza al servicio de las oligarquías y de la gran empresa a constituirse en estamento más autónomo, que mira por sus intereses gremiales y se mantiene paralelo, cuando no por encima e interfiriendo sobre el poder civil. La existencia de poderosos movimientos revolucionarios, fruto fundamentalmente de condiciones objetivas internas y del consiguiente descontento popular, cuya consistencia ha alcanzado niveles superiores de organización y aun de operativización militar. La ingerencia de potencias extranjeras en el área, especialmente la de Estados Unidos, que ha pasado de ejercer un influjo tranquilo e incuestionado, poco favorable para la región en términos de desarrollo y de justicia social, a convertir su presencia en una de las prioridades de su política internacional, lo cual se refleja en un intervencionismo permanente en los asuntos internos de los países. La presencia de una Nicaragua revolucionaria ha llevado a su vez a alianzas con países socialistas, lo cual hasituado el conflicto este-oeste en un primer plano, que se superpone al plano de los asuntos internos y de las fuerzas autóctonas...

Toda esta serie compleja de datos constiuyen en su mutua implicación uno de los niveles del problema centroamericano. Este nivel no se diferencia mucho del nivel que afecta a otros países en parecidas condiciones de subdesarrollo y hace que des-

S. J.

de sus propias estructuras internas pueda hablarse de Centroamérica como problema o del problema unitario -con sus diferencias- de Centroamérica. Pero, si sólo se diera esto, no se explicaría por qué la relevancia del problema centroamericano a escala mundial. Hay otras muchas zonas subdesarrolladas en las que de un modo o de otro la realidad, en ese nivel aquí examinado, se presenta de forma parecida, sin que alcancen la actualidad y la respuesta que logra suscitar el problema de Centroamérica.

Una característica especial del problema de Centroamérica es que se ha constituido en problema para Estados Unidos, ya desde los comienzos de los ochenta. Lo que era casi exclusivamente un problema centroamericano, que Estados Unidos controlaba sin problema alguno, se ha convertido para el gran vecino del norte en uno de sus mayores problemas. El examen sucinto de este hecho puede aclarar el problema actual centroamericano.

Ya entre los datos del problema aparecían dos muy importantes y relacionados entre sí. Han surgido en el área fuertes movimientos revolucionarios y esto ha movido a Estados Unidos a multiplicar y fortalecer su ingerencia. Tenemos, así, que una de las características principales del problema centroamericano, más allá de las que surgen de su estado de subdesarrollo, es que en estos dos de los países del área se ha hecho presente con gran fuerza una revolución anti-imperialista, anti-capitalista y hasta cierto punto, como consecuencia de ello, anti-norteamericana. Esta revolución ha llegado al poder en Nicaragua y esta revolución ha estado a punto de alcanzar el poder por la vía de las armas en El Salvador, donde a pesar de la pequeñez territorial del país se ha logrado montar la guerrilla más importante, al menos en términos relativos, de toda la América Latina. Estados Unidos ha visto en peligro su hegemonía imperante junto a su propia frontera. Pero antés que este 'junto a su propia frontera' lo que hay de nuevo es la posibilidad ya verfficada de que la injusticia estructural asumida por las organizaciones populares pueda convertir-

S. J.

se en revolución triunfante, no obstante las dificultades enormes que unos países oligárquicos y fuertemente militarizados pueden poner. Nicaragua salió adelante en este propósito porque no fue impedido para ello internacionalmente y aun puede decirse que fue ayudado. El Salvador pudo haber sido el segundo paso, si no se hubiera impedido desde fuera. Sólo en Guatemala fue posible contener el movimiento revolucionario con fuerzas predominantemente nacionales. En Honduras la situación de injusticia estructural no ha sido todavía asumida por gran parte de la población como intolerable ni se ha encontrado tampoco la vanguardia que la pudiera enfrentar. Nicaragua y El Salvador siguen siendo dos naciones de difícil control pues la guerrilla de El Salvador está lejos de ser derrotada y el gobierno sandinista no puede ser derrocado. Queda así abierta todavía la posibilidad de un renacimiento de fuerzas revolucionarias regionales, que podrían poner en peligro una situación que hasta el momento es favorable para los intereses de Estados Unidos.

Es dentro de esta posibilidad donde cobra fuerza mayor el 'junto a su propia frontera'. Suele plantearse la cuestión por parte de Estados Unidos que en la situación de Centroamérica está en juego la seguridad nacional, su propia seguridad de potencia hegemónica. El planteamiento tiene su razón de ser pero no en términos estratégico-militares. En este punto de vista inmediatista es claro que Estados Unidos está en capacidad de aplastar cualquier cosa, actividad u operación que pudiera poner mínimamente en peligro la seguridad de su país y aun la seguridad de sus ciudadanos al menos, si no se arriesgan en actividades indebidas. Suele en cambio apelarse a que la caida de El Salvador llevaría antes o después consigo la caida de Honduras y de Guatemala para terminar el proceso con México, lo cual ya pondría en mayo peligro la seguridad norteamericana. En tono menor este mismo argumento se presenta de otra forma: si se establecen regímenes revolucionarios, Estados Unidos se vería a admitir miles de refugiados políticos, lo cual se ve como inconveniente para la buena marcha de la nación del norte. Estos dos planteamientos

son poco realistas, aunque no por ello carecen totalmente de vigencia y de peso. Situar en el mismo plano la problemática de los países centroamericanos y la de México es un grave error de juicio. Por otro lado, el desarrollo de los acontecimientos no parece conducir a una exaltación y propagación de la onda revolucionaria sino más bien a su moderación y relativo control. Finalmente, el argumento de la emigración indeseable es mucho más creible desde el punto de vista de una pobreza que obliga a buscar en el norte la salidad de una situación insostenible que desde el puntode vista de una situación revolucionaria; en estas situaciones lo que sale con mayor facilidad es el capital y los dueños del capital, cosa que es más bien apetecida que desechada por las fuerzas capitalistas norteamericanas.

Tiene, sin embargo, el 'junto a su propia frontera' otro significado que suele ser utilizado por la administración Reagan. Su formulación es ésta: si junto a nuestra propia frontera no somos capaces de poner freno a los comunistas y de dar apoyo a nuestros amigos democráticos, perderemos toda credibilidad con nuestros aliados, cuyas fronteras están mucho más apartadas. Es lo que puede llamarse el efecto simbólico del problema centroamericano o el efecto de mostración. Se trataría fundamentalmente de un problema ideológico, de un problema de contagio de conciencias, cuya formulación podría ser ésta: si la injusticia estructural puede dar paso a una revolución triunfante en la propia frontera de Estados Unidos con mayor razón podrá dar paso en lugares donde es más difícil ideológica y logísticamente la presencia norteamericana. Tal vez aquí se esconda la mayor gravedad e importancia del problema centromaericano. Se estaría probando en pequeño un proceso que pudiera tener un alcance universal.

Efectivamente la mayor parte del mundo vive en condiciones objetivas parecidas a las de Centroamérica desde el punto de vista social y económico. Estas condiciones objetivas pueden ser asimiladas como intolerables y pueden promover el surgimiento de una nueva conciencia que, con ayuda de otros instrumentos, cabe que se convier-

S.J.

ta en movilización y organización popular hasta convertirse en una poderosa fuerza material, capaz de enfrentarse con otras fuerzas materiales, responsables inmediatas de aquellas condiciones objetivas. Lo que ha ocurrido en Centroamérica, especialmente en Nicaragua y en El Salvador puede ocurrir en tantas otras situaciones similares alienando a aliados de Estados Unidos, que suelen ser los responsables gubernamentales de países en que los derechos humanos y el desarrollo económico dejan mucho que desear. Tales países pueden pensar que si Nicaragua lo pudo hacer, como antes lo hizo Cuba o como lo podría hacer El Salvador, siendo como son países tan próximos y tan ligados a la metrópoli imperial, ellos también lo podrán hacer.

Y es aquí donde entra a sobredeterminar los procesos los intereses encontrados de las superpotencias. Estados Unidos y la Unión Soviética, cada uno con sus propios aliados, pretenden sacar provecho de esta situación. No se trata primariamente de una lucha ideológica entre ellos. Se trata más bien de una lucha pragmática: el desgaste material y moral que pueda suponer a una de las potencias el mantener su hegemonía en un país determinado, es ventaja para su contraria. La Unión Soviética desea que Estados Unidos se vea hostigado en su frontera centroamericana como a su vez Estados Unidos desea que la Unión Soviética se vea hostigada en Afganistán. Y lo mismo puede decirse correlativamente de Sudáfrica y de Angola, de Chile o de Polonia. Lo que está en juego para las superpotencias no es directamente el predominio de uno u otro sistema político -la democracia burguesa o la democracia popular-, ni siquiera la prueba de que es mejor un sistema ideológico que el otro -el capitalismo en sus diversas formas frente al marxismo en sus distintas variaciones-, ni siquiera el predominio del propio sistema económico sobre el del adversario, sino en definitiva y principalmente el no ser dominados por nadie y el poder dominar a todos. La Unión Soviética no quiere verse dominada por Estados Unidos y para ello confía sobre todo en las armas y Estados Unidos no quiere verse dominado por la Unión Soviética y para ello confía también sobre todo en las armas. Las armas necesitan ciertamente un sustento ideológico y es esta base ideológica, que daría aparen

S. J.

temente legitimidad a los intentos de dominación universal, tras los que está sobre todo en occidente la defensa de determinados intereses económicos en ese que el capital tiene mucha mayor importancia que cualquier otra cosa, la que se ve puesta a prueba por toda una serie de luchas regionales, en las que se violan permanentemente los principios ideológicos hipócritamente sostenidos por las necesidades de acabar a como dé lugar con quienes ponen en peligro una determinada hegemonía sobre una área determinada.

La superposición de los intereses encontrados de las superpotencias sobre los problemas reales de Centroamérica hacen del problema centroamericano, también por esta razón añadida, un problema universal. Se ha convencido propagandísticamente a los ciudadanos norteamericanos que en Nicaragua o en El Salvador se está jugando no sólo su seguridad sino su destino histórico; se les ha convencido de que el gran adversario real e ideológico de Estados Unidos está tomando posiciones en los aledaños de sus fronteras. Con ello la administración Reagan se considera suficientemente respaldada para obligar a los pequeños países de Centroamérica a vivir en guerra permanente o, al menos, en constante tensión pre-bélica. Por otro lado al combatir de frente y con ánimo de aplastarlos a los movimientos revolucionarios va forzando a éstos a ponerse bajo la protección de quien representa el otro poder, no sometido a las exigencias del norteamericano. Lo mismo dirán los contras nicaraguenses, pero su verdad es sólo aparente. Mientras los revolucionarios salvadoreños surgen del interior del país y se sustentan fundamentalmente por el apoyo y la relación con las masas populares, los contras dejarían de ser una oposición armada en cuanto cesara la ayuda norteamericana, pues en definitiva no dejan de ser una creación de la CIA, al servicio de un plan diseñado en el Consejo Nacional de Seguridad. De muy distinto carácter es el movimiento revolucionario en Guatemala, Nicaragua, El Salvador e incipientemente en Honduras y el de los contras nicaraguenses. Aquel acude a una de las superpotencias y a sus aliados en la zona porque se ve aco-

S. J.

sado por la otra superpotencia, mientras que éste surge de la otra superpotencia y se pone al servicio de ella. Ciertamente las cosas no son blanco y negro y las relaciones entre los movimientos centraomericanos y los poderes internacionales son más complejas, pero esto no obsta a que sea fundamentalmente verdadero que es muy distinto el carácter de la ingerencia en el área de Estados Unidos y de la Unión Soviética por razón del origen, de la forma y de los objetivos.

Pero por las razones que fueran, Centroamérica se ha convertido en campo de interés prioritario ante todo de Estados Unidos, pero también del bloque socialista. Centroamérica es problema para Estados Unidos y para la Unión Soviética, que encuentran en nuestra situación una opotunidad de zaherirse y debilitarse mutuamente. Pero es problema también para otros muchos países pues se ha convertido en uno de los puntos calientes del globo, en los que pudiera estallar un conflicto, que podría regionalizarse y más tarde universalizarse. Esto lo ha visto con toda claridad Contadora y más tarde el grupo de apoyo. Ciertamente Panamá, Venezuela, Colombia y México miran con preocupación la posibilidad de una guerra regional que tocaría ya sus propias fronteras. También la CEE ha empezado a interesarse progresivamente por Centroamérica al percatarse que la situación en el área, lejos de irse suavizando y solucionándose, se va agravando: aumentan las tensiones, sobre todo debido a la ayuda de Estados Unidos a los contras; aumenta la armamentización y se acrecienta el empobrecimiento de la región, lo cual no sólo dificulta el poder resarcirse de las deudas a su favor sino que lleva a involucrarse cada vez más directa e inmediatamente a quien es su aliado en la OTAN. Que la CEE haga en América central el papel que hizo en la primera crisis de las Malvinas es algo que no parece convenir a los intereses tradicionales de los países europeos. En definitva, el volcán centroamericano potencialmente y los fuegos ya en marcha actualmente son un problema que, por círculos concéntricos, va siéndolo cada vez más para un mayor número de naciones. Con el agravante de que en el modo de llevar este conflicto se están vio-

ARCHIVO IGNACIO ELLACURÍA S. J.

pulares no sólo puedan manifestar su voluntad en todos y cada uno delos asuntos que las afectan sino que realmente consigan aquella satisfacción suficiente de las necesidades básicas que la exige es exigida por la dignidad de la persona humana y que es condición ineludible para el ejercicio de toda suerte de derechos y obligaciones políticos. Es otra de las grandes cuestiones que están en litigio en Centroamérica: la del ordenamiento ecónómico, social y político más conveniente para países profundamente subdesarrollados, cuyo ingreso per capita es veinte veces inferior a lo que es el de los países que nos quisieran imponer su modelo de democracia y, sobre todo, cuya distribución de ese ingreso hace que más del cincuenta por ciento de la población viva por lo regular sin alimentación, sin vivienda, sin trabajo, sin salud, sin educación, ni siquiera mínimamente suficientes. ¿Deberían tener los países del Tercer Mundo un régimen económico, social y político que respondieran a su realidad -sin olvidar todas sus enormes diferencias culturales entre sí y con los países de los otros mundos- y que se diferenciaran, por tanto, de los regímenes del Primer y del Segundo Mundo con características tan diferentes? ¿Debería llevarse el no alineamiento con tal profundidad y extensión que los países no interesados en la competencia hegemónica mundial deberían separarse no sólo de las esferas subordinadas de uno u otro bloque sino de los estilos de vida que en uno u otro prosperan? Interrogaciones profundas que demasiado fácilmente se dan por resueltas al juzgar a las naciones centraomericanas y al poner condiciones ya no para recibir ayuda económica sino simplemente para no ser agredidas en nombre de una democracia formal, muchas veces vacía, que no toma en cuenta ni las necesidades objetivas y subjetivas ni la voluntad de las mayorías populares sino que hace mucho más caso de lo que buscan para sí pequeños segmentos de población articulados en partidos políticos, que se arrogan la suprema representación de lo que ha de ser la democracia. Aunque tal vez sea más fácil el decir que ni una cosa ni la otra y no sea tan fácil decir positivamente en qué ha de consistir el proceso que ha de llevar a estos países a una profunda democratización,

S. J.

lando normas que parecenían ser el fundamento ideológico de las llamadas democracias internacionales.

Es esta otra de las características del problema centroamericano. En él se dan, por un lado, tales violaciones de los derechos humanos que se ha logrado poner en alerta no sólo a muchos pueblos sino la misma comunidad de naciones; así la OEA y la ONU todavía mantienen informes especiales -y condenas- sobre lo que ocurre principalmente en El Salvador y Guatemala. Por otro lado, se dan graves violaciones al derecho internacional sobre todo en la línea de la ingerencia externa en los asuntos internos de los países; aunque la el Tribunal internacional de Justicia de La Haya sólo ha condenado la acción de Estados Unidos contra Nicaragua, no deja de ser también manifiesto las graves limitaciones que de la propia soberanía que, en distinta manera, afecta a los distintos países de la región. Finalmente, no deja de apelar a las conciencias humanistas de pueblos y gobernantes la situación de miseria en que vive la mayor parte del pueblo centroamericano, lo cual no sólo lastima la sensibilidad de muchos sino que pone en entredicho la justicia del orden económico internacional, el cual está sometido desde luego a puros intereses pero que necesita también una apariencia de justicia que cubra de algún modo y justifique una serie de comportamientos, difíciles de legitimar.

Por su importancia merece consideración aparte el disputado caso de qué democracia es buena para cada uno delos países centroamericanos. Algunos dan por asentado que no sólo Costa Rica sino Guatemala, Honduras y aun El Salvador, si no son democracias perfectas, van avanzando por un camino seguro de democratización, mientras que Nicaragua, sin haber cometido ni de lejos las atroces violaciones de los derechos humanos fundamentales, en especial el derecho a la vida, que han sido cometidas en Guatemala y En El Salvador, estaría avanzando por claros caminos de antidemocratización. Pero otros no aceptan fácilmente tal planteamiento y más bien se cuestionan que régimen debe llevar cada uno de los países para que realmente las mayorías po-

ARCHIVO HISTÓRICO
S. J.

el problema teórico de qué democracia responde en un determinado estadío de desarrollo a las exigencias de una verdadera y real democracia y el problema histórico de cuál de los regímenes centroamericanos se acerca más en la actualidad a esas exigencias es uno de los aspectos singulares del problema centraomericano y es en cualquier caso el pretexto ideológico tras el que se escudan muchas acciones internas y externas que poco tienen que ver con los intereses reales de los pueblos centroamericanos.

Este problema centroamericano global puede ser considerado desde otros muchos puntos de vista que aquí no pueden ser desarrollados. Incluye, por ejemplo, el problema del desarrollo económico: por qué Centroamérica está como está y cuál sería el camino mejor para salir de él; no olvidemos, por insinuar tan sólo un aspecto de gran importancia, lo que es y lo que puede ser la deuda externa para Centroamérica donde el país más desarrollado tiene una de las deudas per capita más alta de todo el mundo, como es el caso de Costa Rica con sus más de 4.000 millones de dólares de deuda. Incluye asimismo el problema del militarismo que consume una gran parte de recursos en la mayor parte de los países y en ellos hace de los militares una de las fuerzas determinantes, cuando en Costa Rica se ha logrado un ejemplo interesante de supresión del ejército precisamente junto a vecinos muy fuertemente armados, con lo que demuestra hasta qué punto en determinadas condiciones los militares y los grandes gastos de defensa son innecesarios. Incluye también la existencia de unos medios de comunicación, algunos de muy baja calidad, cuyo partidismo y tendenciosidad reflejan mucho más su carácter de empresa que su condición de comunicadores sociales y se alía mucho más con el sector empresarial del que vive que del conjunto de sus lectores a quien debiera servir. Incluye en algunos países sobre todo un gran problema indigenista que está sin resolver ni siquiera en el orden cultural, cuanto menos en el orden económico y social. Incluye el de una religiosidad en efervescencia que, por un lado, se orienta según la línea de Medellín y Pue-

S. J.

bla, cuando no según la inspiración y la fuerza de una auténtica teología de la liberación, pero por otro se ve sometida a las presiones de unas sectas que se infiltran sabiamente dirigidas desde el exterior para contener ideológicamente la protesta popular. Incluye finalmente el despertar de las masas que, sumidas en una pobreza indignantes por su carácter de miseria, han alcanzado a veces una gran potencialidad política y social, que rompe moldes y experiencias anteriores.

Estos y otros aspectos son también parte del problema dentroamericano, de ese fenómeno bastante singular que hace de Centroamérica un problema casi total: Centroamérica como problema. Tal vez en la complejidad de todos estos factores, que en los últimos diez años se han crispado en nuestros países de un modo inesperado, consista la novedad y la actualidad del problema centroamericano. A desentrañarlos teóricamente y a resolverlos prácticamente se están dedicando muchos y muy poderosos agentes.

En las páginas que siguen mostramos uno de esos intentos por desentrañar el problema centromaericano. IPALMO (Istituto per le relazioni tra l'Italia e i Paesi dell' Africa, America Latina e Medio Oriente) desarrolló en octubre de este año un encuentro internacional en que estudiosos del tema y políticos de gran importancia se reunieron para lograr una mejor comprensión del mismo. No podemos recoger toda la riqueza del encuentro pues fueron varias decenas los que discutieron largamente cada uno de los puntos. Lo que a continuación se publica representa la parte de discursos y ponencias que sirvieron de base a la discusión. Agradecemos a Ipalmo y a quienes los tuvieron el que nos hayan permitido publicarlos en español. Creemos que con esta publicación se dispondrá de nuevos instrumentos y perspectivas para enfocar y resolver el problema centroamericano, al que el gobierno de Italia está dando una atención preferente y al que la Comunidad Económica Europea también quiere acercarse con mayor dilegencia. Todo ello, en la medida en que sea desinteresado o correctamente interesado, puede servir mucho para que los centroamericanos salgamos de la penosa, penosísima situación en que nos encontramos.